

hemencia que el asesinato era obra de los jacobinos, y uno de ellos, Merlin, denunció la última sesión de éstos y pidió la disolución de la famosa sociedad, que «si había contribuido poderosamente á derrocar el trono, ahora que no había trono que derribar, quería derrocar á la Convención». Las conclusiones de Merlin no se votaron, se enviaron á informe de los comités, acordándose que, con ellas y con las demás cuestiones pendientes, como la libertad de imprenta, el *máximum* y otras, presentase el Comité de Salvación pública una comunicación general acerca de la situación de la República. Por más imparcial y mejor impuesto en la marcha de los asuntos, se confió el trabajo de redactarla á Roberto Lindet, que la leyó á la Asamblea el veintinueve de Fructidor, veinte de Septiembre. El informe satisfizo á todos. Después de recordar la grandes empresas llevadas á cabo por el Comité de Salvación pública, dirigía á todos un patriótico llamamiento á la concordia. «Sobre todo decía, esforcémonos á restablecer entre nosotros la unión y la confianza. Cesemos de reprocharnos nuestras desgracias y nuestras faltas. ¿Hemos sido siempre, hemos podido ser lo que habríamos querido ser en efecto? Todos hemos sido lanzados en el mismo camino: los unos han combatido con valor, con reflexión; los otros se han precipitado, en su fogoso ardor, contra todos los obstáculos que querían destruir y derribar. ¿Quién osará preguntarnos y pedirnos cuenta de estos movimientos que es imposible prever y dirigir? La Revolución está hecha, es la obra de todos. ¿Qué generales, qué soldados han hecho nunca en la guerra justamente lo que era preciso hacer, y han sabido detenerse donde la razón fría y tranquila habría deseado que se detuviesen?... ¿Qué nos ha sucedido que no haya ocurrido á todos los hombres lanzados á una distancia infinita del curso ordinario de la vida?». Esta comunicación tan discreta, tan imparcial y tan completa, fué calurosamente aplaudida y calmó la excitación de los partidos. No solamente trató la Convención de congratarse con los jacobinos, mas también con los devotos de Marat, del que se declararon con general asombro admiradores entusiastas algunos de los que habían contribuido á la muerte de Robespierre, como Freron, Barras y otros, los cuales hicieron decretar que los restos del «amigo del pueblo» serían trasladados al Panteón, lo que poco tiempo antes había impedido Maximiliano. Y se vió á la Convención asistir el tres de Vendimiario, veinticuatro de Septiembre, á una ceremonia que la humillaba, y seguir, avergonzada y refunfuñando, el cortejo hasta el Panteón, del que se sacó ¡oh demencial! á Mirabeau en el instante de meter á Marat. Como para indemnizarse de la humillación sufrida, la Convención llevó unos días después al Panteón los restos de Rousseau y los depositó junto á los de Voltaire, dándoles á uno y á otro por vecino á Marat. ¡Valiente vecindad! De seguro habría preferido Rousseau que se hubiesen dejado descansar sus despojos mortales en Ermenonville. Y lo peor del caso fué, que la Convención no consiguió lo que se proponía. Nunca por los malos caminos se ha llegado á un buen fin. Los jacobinos no correspondieron á sus disposiciones conciliadoras; antes redoblaron sus provocaciones, amenazando con que iban á

recomenzar las degollaciones terroristas. En la Convención misma, el representante Duhem profirió estas terribles palabras: «Si los sapos del pantano (los diputados del centro) osan levantar la cabeza, tanto mejor, será más fácil cortársela». En vista de esto, la Convención cambió de actitud, rompió la lucha contra los jacobinos, la continuó contra Babeuf y se inclinó hacia la reacción que representaba la juventud dorada. No sólo en París, sino en toda Francia, los jacobinos se declararon en abierta rebelión. Los de Marsella y demás ciudades de la Provenza se mostraban decididos á mantener su tiranía por la violencia y tenían espantado al pueblo con la amenaza de repetir las matanzas de Septiembre. Dueños de la gendarmería, osaron proponer que fuese declarado traidor á la patria el que denunciase á cualquiera de ellos como ladrón ó agitador. Los representantes en comisión, Augüis y Serres, tuvieron que renovar poco á poco todas las autoridades, y sólo entonces pudieron sellar las puertas y los papeles de la sociedad rebelde. En Lyon, un orador proclamó en sesión «que el soberano reside inmediatamente en las sociedades populares, y que la voluntad general se compone del voto de cada sociedad popular». Sus sesiones fueron suspendidas el tres de Vendimiario, veinticuatro de Septiembre, gracias á la energía de los comisionados. Los de Tolosa, fuertemente organizados, formaron un Comité de vigilancia que tiranizaba todo el Mediodía. En fin, apenas había ciudad ni aldea, que no viese perturbado el orden por la agitación jacobina. De temer era, si no se aplicaba pronto y enérgico remedio, que la república fuese devorada por el monstruo de la anarquía. La Convención no se descuidó. El diez y ocho de Vendimiario, nueve de Octubre, aprobó y mandó enviar á toda Francia una comunicación redactada por el gran artífice Cambacères, condenando á un tiempo «á los que hablan tanto del cadalso» y «á los que amenazan la propiedad,» á los jacobinos y á los babuvistas. Babeuf fué arrestado y su club disperso: torpe medida, con la que se expulsaba de la legalidad y se lanzaba al campo de la conspiración á un inofensivo filántropo, que se desvivía por la felicidad de sus semejantes y jamás había pensado en acudir á la violencia. Bastante más difícil era vencer á los jacobinos. Gracias que, por haber hecho causa común con Carrier, el proceso de los nanteses sublevó contra ellos la opinión pública.

De aquellos ciento treinta y dos nanteses que el Comité revolucionario de Nantes envió á París á fines de Noviembre del noventa y tres, sólo quedaban noventa y cuatro, habiendo perecido los restantes por las miserias sufridas en el camino ó en la prisión, donde permanecieron como olvidados durante cerca de diez meses, caso raro del que no tenemos otra explicación que la dada por Fouquier-Tinville en su declaración, á saber, que habiéndole parecido á éste insuficientes los documentos enviados contra ellos, les dejó en la cárcel esperando que un cambio en el curso de los sucesos llevase al Tribunal jueces menos cru eles. ¡Loado sea Dios!, que podemos nombrar á Fouquier-Tinville con motivo de una gran obra de misericordia; porque aquellos buenos patriotas, acusados por sus opi-

niones girondinas de haber conspirado contra la República, una é indivisible, y de haber mantenido inteligencias con los vendeanos, de seguro habrían ido á la guillotina si se les hubiese juzgado antes de la caída de Robespierre. Mas ahora, el veintidos de Thermidor, siete de Septiembre, en que comparecieron ante el Tribunal, todo les era favorable: los jueces, el público y la opinión. El relato de su viaje, impreso hacía algún tiempo y casi popular en Paris, había interesado al extremo de oírse referir á menudo en los círculos detalles de los sufrimientos que habían soportado; los nuevos jueces se inclinaban á la clemencia más que á la crueldad, y el público en vez de huchear como antes á los acusados expresaba con sus murmullos la compasión que le inspiraban. Su proceso tuvo gran resonancia, porque dió á conocer las atrocidades cometidas por el Comité revolucionario de Nantes y por la compañía de Marat; aquel hacinamiento en las cárceles de varones, mujeres y niños, sin paja en que tenderse, sin pan con que alimentarse y muriendo á docenas de hambre ó del tifus: aquellos fusilamientos en masa, no sólo de prisioneros vendeanos como también de ciudadanos pacíficos; aquellos ahogamientos en el Loira de centenares de personas, á las que se embarcaba en las altas horas de la noche, en lanchones que se hundían abriéndoles una válvula. En este proceso se dió el caso singular de trocarse los reos en acusadores y en acusados los testigos, que lo fueron los mismos verdugos, Carrier y los individuos del Comité, que se hallaban también presos. En la discusión que se entabló entre Carrier y el procesado Felipes, se expresó éste como si aquél fuese el acusado y él ocupase el sillón presidencial. Los noventa y cuatro fueron absueltos. «Volved á vuestros hogares, les dijo el presidente, consagra vuestros primeros instantes al consuelo de vuestras familias, contad á vuestros conciudadanos la tierna solicitud que os han manifestado los parisienses, y que vuestra adhesión inquebrantable á la República repare el momentáneo error al que habeis sido arrastrados». El público celebró la absolución con aplausos y vivas á la República.

Un mes después de este proceso, se abrió el de los individuos del Comité revolucionario de Nantes, los cuales habían sido reducidos á prisión en la noche del veinticuatro al veinticinco del Prairial, doce á trece de Junio, por orden del Comité de Seguridad general, y conducidos á Paris en los últimos días de Julio. Por el camino poco antes de llegar á Versailles se enteraron de la revolución del nueve Thermidor, que les llenó de espanto. «¡Cielos, es posible!, exclamó el más inteligente de ellos, Goullin, llevándose las manos á la cabeza.»—«Estamos perdidos», decía al mismo tiempo Grandmaison. Un capitán de barco, Abram, que hacía el viaje con ellos, no comprendiendo en que pudiese perjudicarles aquel cambio, expresó su admiración. «Es que Robespierre era nuestro defensor, le respondió Grandmaison; su caída nos pierde á todos». El veinticinco de Vendimiario, ocho de Octubre, á las nueve de la mañana, comparecieron ante el Tribunal. El acta de acusación fué terrible y de una elocuencia aplastadora. «Todo lo que la crueldad tiene de más

bárbaro, el crimen de más pérfido, la autoridad de más arbitrario, la concusión de más horrible, la inmoralidad de más repugnante, compone el acta de acusación de los individuos y comisarios del Comité revolucionario de Nantes. Ni en los fastos más remotos del mundo, ni en las páginas de la Historia, hasta de los siglos bárbaros, difícilmente se hallarán rasgos que puedan compararse con los horrores cometidos por los acusados. Nerón fué menos sanguinario; Falaris, menos bárbaro; Sifano, menos cruel». Como el proceso de los nanteses había dado á conocer las atrocidades cometidas por los individuos del Comité, así el proceso de éste puso en claro que el principal responsable de aquellos horrores era Carrier. Acusados y testigos, todos convinieron en este extremo. No faltó la prueba documental: el acta de constitución de la compañía de Marat, firmada por Carrier y Francastel, y la orden de Carrier en cuya virtud se ejecutaron los ahogamientos. Después de la declaración de Felipes, que arrancó el auditorio gritos de indignación, uno de los jurados exclama: «Pido que Carrier venga aquí á ilustrarnos sobre los horrores que Felipes acaba de contar». Las miserias de los presos, el envío de varones, mujeres y niños á la guillotina por una orden, sin juicio previo, los fusilamientos de inocentes, ordenados *abirato*, los ahogamientos á media noche en el Loire, fueron descritos por testigos de vista, ó por alguna víctima milagrosamente salvada, con una minuciosidad que ponía los pelos de punta. Fiera era menester que fuese el que había ordenado tan horribles crueldades. «Ochocientas mujeres y otros tantos niños, depuso Vaugeois, habían sido encerrados en las casas de la Eperonniere y de la Mariliere, donde no había ni camas, ni paja, ni vasos. El médico Rollin y yo hemos visto morir cinco niños en menos de cuatro minutos. Los desgraciados carecían de alimento, porque se encarcelaba á quien se lo llevase». A medida que las declaraciones se sucedían, aumentaba la indignación contra Carrier en el público, que gritaba, á cada nuevo horror que contaba un testigo. «¡Carrier! ¡Carrier! ¡que se procese á Carrier!». Después de la declaración de Laurent, el abogado Real, defensor de la mayor parte de los acusados, se levanta y dice: «Renuncio á la defensa si Carrier no es oído contradictoriamente con mis defendidos.»—«Somos, concluye su declaración uno de los acusados, como soldados á quienes un general hubiese dado la orden de fusilar á todos los habitantes de una ciudad: ¿se procesaría á los soldados y se dejaría tranquilo al general?». Y el público, horrorizado, seguía gritando: «¡Carrier! ¡Carrier!».

Este proceso prestó gran fuerza á la Convención en la empresa de acabar con los jacobinos, contra los cuales se presentó, en la sesión de veinticinco Vendimiario, diez y seis de Octubre, un proyecto de decreto prohibiendo todo género de filiación, federación y correspondencia en nombre colectivo entre sociedades populares. No obstante el sentido general del proyecto, era evidente que éste iba dirigido exclusivamente contra los jacobinos, cuyas sociedades provinciales, correspondiéndose regularmente con la sociedad madre y obedeciendo sus órdenes, componían una especie de Estado perfectamente organizado,

con su centro y su dirección. En vano los diputados montañeses se agitaron; los moderados pusieron el dedo en la llaga señalando el carácter anárquico de la organización jacobina. «Las sociedades populares, dijo Bourdon, no son el pueblo, son un grupo de hombres que han elegido á sí mismos, como los monjes, que han acabado por formar una aristocracia exclusiva, permanente, que se llama pueblo, y que viene á colocarse al lado de la representación nacional para inspirar, modificar y combatir sus resoluciones... Pensad, ciudadanos, en que para disuadir á los pueblos vecinos de unirse con nosotros, se les dice que no tenemos gobierno, que el que quiera tratar con nosotros no sabe si tiene que dirigirse á la Convención ó á los jacobinos». Con más energía se expresó aún Merlin. «Ciudadanos, dijo, no temáis entrar en esa caverna, á pesar de la sangre y de los cadáveres que obstruyen la entrada: atreveos á expulsar de ella á los ladrones y asesinos y no dejar más que á los buenos ciudadanos, para que pesen tranquilamente los grandes intereses de la patria. Os pido que votéis este decreto, que salva á la República, como votasteis el que la creó, sin el formalismo de comisiones y de informes». Merlin fué aplaudido y votado el decreto, que equivalía á la disolución de la gran sociedad jacobina.

Las revelaciones hechas por testigos y acusados en el proceso del Comité revolucionario de Nantes, los horrorosos detalles sobre los fusilamientos y ahogamientos, tenían consternado á todo París, que pedía, á voz en grito, el proceso de Carrier. La Asamblea, no pudiendo resistir el arrollador empuje de la opinión, decreto que toda denuncia contra un representante se enviaría á los tres Comités de Salvación pública, de Seguridad general y de Legislación, los cuales decidirían si había lugar á examinar la conducta del acusado; que, en caso de decisión afirmativa, se nombraría por sorteo una comisión de veintiún diputados para que informase, y que en vista del informe y oída la defensa contradictoria del diputado acusado, la Convención resolvería. Nueve días no más tardaron los Comités en declarar que había motivo á examinar los actos de Carrier, é inmediatamente se nombró la comisión de los veintiuno, la cual anduvo perezosa en presentar el informe, con la intención quizás de dar tiempo á que se calmase la pública excitación. El nombramiento de la comisión exasperó á los jacobinos, que cometieron la torpeza de hacer causa común con Carrier. En la reunión que celebraron el trece de Brumario, tres de Noviembre, hablaron varios en defensa del diputado amenazado, y Billaud pronunció un fogoso discurso que levantó á todos en vilo. «Pero que no se imaginen los revolucionarios triunfar, dijo: los patriotas han podido guardar silencio por un instante; pero el león no está muerto cuando duerme, y al despertar extermina á todos sus enemigos». Estas imprudentes amenazas promovieron al día siguiente una tempestad en la Convención. Se insultó á los jacobinos, se pintó con vivos colores en la tribuna el horroroso cuadro de los exterminios de Nantes y de las miserias sufridas por inocentes en las cárceles. Legendre tuvo una frase de elocuencia aniquiladora. «Un puñado de hombres sanguinarios, exclamó,

mó, están gritando sin cesar que se piden sus cabezas. Tomo al pueblo por testigo de que yo quisiera que el Autor de la naturaleza los condenase á no morir nunca y arrastrar por los siglos de los siglos su maldita existencia». Bourdon estuvo sangriento. «¿Quiénes son, preguntó, los que censuran nuestros actos? Un puñado de hombres de presa. Miradlos cara á cara: veréis en su semblante un barniz compuesto con la hiel de los tiranos». Estas frases, dirigidas contra el semblante sombrío y lívido de Billaud, fueron celebradas con aplausos. Un antiguo maratista, vuelto moderado y thermidoriano, Bentabole, planteó bien la cuestión diciendo: «Puesto que se nos presenta el desafío, es necesario que la mayoría lo acepte. Pido que los comités nos propongan medidas para impedir que ningún representante del pueblo pueda ir á predicar la revolución contra la Asamblea». La proposición fué aprobada por aclamación.

La tempestad rugía por doquier contra los jacobinos. La mayor parte de los periódicos los denunciaban, amén de dirigirles furiosas invectivas. Freron especialmente, en su *Orador del pueblo*, vertía contra ellos aquella violencia frenética que empleara contra todas las opiniones moderadas cuando rivalizaba con Marat, olvidado ya por completo de que había sido en Provenza, poco meses antes, el jefe principal de los terroristas. Bien es verdad que, si hemos de prestar fe á su testimonio de ahora, no habría hecho, á lo menos en Tolón, todo el daño de que él mismo se vanagloriara un día. En su carta á la Convención, escribió que había hecho fusilar á ochocientos traidores, y ahora decía que los ejecutados no habían sido más que doscientos cincuenta, y que lo fueron en virtud de sentencia pronunciada por un jurado improvisado entre los jacobinos.

¡Qué cambio en tan poco tiempo! ¡El jefe del Terror ayer, jefe hoy de la reacción! ¿Cuál de estos dos personajes es el verdadero Freron? El segundo, sin duda. El Terror estaba de moda: partía de París, y muchos procónsules lo exageraban, violentando sus sentimientos, y aun lo metían para obtener el aplauso de los jacobinos, de los comités y de la Convención misma. Como quiera que esto sea, es lo cierto que Freron se hallaba ahora á la cabeza de la juventud dorada, que á diario venía á las manos con los jacobinos, los cuales se exaltaban y enardecían á medida que veían aumentarse el número de sus adversarios. Sus encuentros y altercados llegaron á tomar proporciones alarmantes. El diez y nueve de Brumario, nueve de Noviembre, un grupo de jóvenes parten del Palais-Royal, llegan delante del salón de los jacobinos y lo rodea; la muchedumbre aumenta sin cesar; las bocacalles quedan obstruídas, y los jacobinos, que estaban en sesión, créense sitiados. Algunos pelotones que les eran afectos gritan ¡Viva la Convención! ¡Vivan los jacobinos!; y responden los otros ¡Viva la Convención! ¡Abajo los terroristas!; la lucha se entabla; la juventud, por más numerosas, vence, y ahuyenta á los adversarios. El edificio queda cercado, y una lluvia de piedras cae sobre el salón, rompiendo los vidrios de las ventanas. Los jacobinos, entre furiosos y espantados, gritan que se les degüella; las furias de la gui-

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA DE LA
CATEDRAL DE BURGOS